

## DESPUÉS TE EXPLICO

Este capítulo, quedó reservado a algunos temas que describen situaciones que nos tocan vivir a diario y que resultan naturales para los adultos, pero, cuando se transforman en interrogatorios a la espera de respuestas convincentes por parte de los más pequeños, deseábamos que nos *tragara la tierra*.

\*Cuando «M» cursaba la sala de *cinco*, comenzó a preguntarme sin pausa acerca de la muerte. Es insólito que algo tan simple, resulte tan complejo para revelar.

Irremediablemente para algunas personas, la muerte está directamente ligada a la religión.

En nuestra familia, no profesamos ninguna. Pero me esmero por convencer a mi hijo de la existencia de Dios como un ser superior, por convicción propia, pero más aún, porque su presencia me facilitó muchas explicaciones para las que, de otro modo, no hubiera tenido respuesta.

La maestra del jardín, en una entrevista, había sido muy clara al respecto:

-Cuando un niño pregunta, hay que responderle de la forma más simple, encontrando el vocabulario acorde a su edad. Pero lo primordial, es no hablar más allá de lo que desea saber. Si se siente satisfecho con la respuesta, no preguntará más, en caso contrario, seguirá insistiendo.

Y eso fue lo que ocurrió. Durante meses, me sentí perseguida con el tema, transpirando por no poder brindar seguridad a las dudas de «M». Pero cuando lo conseguí, traté de hacer hincapié en la muerte como un episodio natural de la vida, y sin angustiarse, le añadí que no sólo mueren los viejitos; que hay mucha gente joven, inclusive niños pequeños que mueren.

-Dios sabe lo que hace y por qué. (Le recalqué).

Desde mi humilde opinión, si bien, no ha sido grato preocupar así a mi propio hijo, consideré mejor hablar con la verdad absoluta, que mentirle para calmar su ansiedad.

Cuando a un chico, se le dice que sólo se muere la gente vieja, estará convencido de que sus padres serán inmortales.

Para mi gusto, es una horrible conclusión que carece de sustento cuando llega el momento de ser sinceros y aclarar el por qué de la muerte de un papá o una mamá cercanos...

Desde ese entonces, no volvió a preguntar. Y me complació haber sido tan dura con él.

Con sólo 8 años, él y sus compañeros de grado, se vieron convulsionados pues el papá de uno de ellos había enfermado de cáncer y luego de una operación sin éxito, pasó sus últimos meses postrado en la cama de su habitación, siendo el niño, testigo directo de esa larga agonía.

La noticia había alarmado al grupo, pero se complicó aún más cuando, simultáneamente, el papá de otra compañera, sufrió un derrame cerebral, que lo dejó paralítico, soportando, en estado de coma, 15 días de terapia intensiva.

Cerca de parecer un cuento de terror, los dos fallecieron con diferencia de escasos días y en la escuela nadie se dignó a aplacar el nerviosismo de los chicos.

La maestra jamás pudo contener al grupo. Ella se sintió desbordada por la situación. Y la psicopedagoga que había sido convocada para charlar con las criaturas, nunca apareció.

Como buen colegio municipal, el personal resulta insuficiente para asistir en *problemáticas superficiales*.

En conclusión, cuando la mayoría de los pequeños no podía comprender cómo los papás habían muerto, «M», sólo temió que la «*epidemia*» continuara.

Actualmente, cuando habla de la muerte, lo hace desde la madurez. Imposible dejarlo afuera de la realidad, cuando los noticieros se colman de crónicas donde precisamente, la muerte es protagonista.

Hace algunas semanas, tuvimos que presenciar un episodio para nada grato.

Un vecino, se suicidó arrojándose desde el séptimo piso y cayendo al patio ubicado exactamente debajo de nuestro departamento.

¿Cómo ocultarle a «M» lo que había sucedido? En su curiosidad, se asomó al balcón para ver el cuerpo y con mucha naturalidad me indicó que lo notaba *algo pálido*.

Por varios días, ese fue el eje de cualquier conversación que intentáramos abordar en casa. Hasta hemos tomado el tema, para inventar chistes de humor negro.

Posteriormente, en la consulta de rutina con el pediatra, relatamos lo ocurrido para que nos diera una opinión.

Él, citó una idea de un conocido psicólogo que asegura que *el ser humano comienza a tener conciencia sobre la vida y la muerte, sólo cuando su cuerpo está preparado para dar vida*.

-Por lo tanto, -dijo- es importante explicarle que el hombre que se mató no era normal. Que estaba loco.

Lo hicimos. Pero me inquietó su teoría. Esto significa (según él) que un niño no sabe realmente lo que es tener un arma en sus manos...

-No.-Respondió muy suelto. -Aún no-

Aunque confío en la sabiduría del médico, creo que está equivocado. A mi modo de ver, «M» sabe lo que es la muerte y me lo demuestra cotidianamente cuando compartimos alguna información o al emitir una opinión, como la que me dio unos meses atrás, a propósito de haber visto una película que lo conmovió hasta las lágrimas.

El film, relataba la historia de un hombre que quedó tetrapléjico después de un accidente, a partir del cual decidió luchar por su derecho a morir.

«M», indignado y con su mejor espontaneidad, quiso justificar la actitud del hombre, preguntándome por qué, se puede sacrificar a un perro enfermo, pero cuando le ocurre a un ser humano, no tiene libertad para decidir por sí mismo.

Creo que con este razonamiento, está todo dicho.

\*Un tema tabú por excelencia, es el de la sexualidad.

Sin embargo, mi generación tuvo el privilegio de haber crecido con padres dispuestos a hablar.

Con muchos prejuicios, la mayoría de ellos, ha tenido que abrirse para ofrecernos un mínimo de información, atragantándose más de una vez con la comida.

Por esa vergüenza que percibimos a lo largo de nuestra adolescencia, es que nos propusimos, una vez adultos, que con nuestros propios hijos, la historia fuera diferente.

Hoy, nos consideramos padres modernos, fundamentando la educación en el diálogo e imaginando que no hay preguntas que no puedan ser respondidas.

Por esta causa, es que aún sigo riéndome cada vez que recuerdo el día que mi hijo se acercó al living, donde mi marido y yo charlábamos, y con toda naturalidad pidió saber qué era un espermatozoide.

Nosotros también nos atragantamos. No sabíamos qué responderle.

En otra ocasión, le preguntó al padre qué era un preservativo. Pero como tampoco tuvo éxito en su consulta, inmediatamente, me lo preguntó a mí.

Entonces, comprendí que todo lo que había planeado durante años, se estaba echando a perder en segundos.

Siempre procuré ser una madre preparada para escuchar y aconsejar. ¿Por qué no iba a estarlo también para aclarar sus dudas?

Tuve que aprender a tomar coraje. No me resultó fácil. Menos aún hablar con un hijo varón. Pero una vez que conseguí superar mi propia vergüenza, me sentí la mejor.

Ahora, me reconforta dialogar plenamente con «M». Siento que está maduro para recibir toda la información que yo puedo brindarle. Y me enorgullece observar cómo recurre a mí, con cada novedad que trae del colegio.

Él confía en mí. Sobre todo porque no le miento.

Tanto insisto siempre con el uso del preservativo, que he logrado marearlo, al punto tal, que hace pocos días, le surgió la duda inversa a la habitualmente manifiestan los chicos.

No quería saber cómo hace uno para cuidarse durante las relaciones sexuales, sino *cómo se hace para tener hijos*.

Recuerdo que en mi época de adolescente, una chica embarazada era muy mal vista. Pero nadie se ocupaba de preguntar por el padre.

Cuando nació mi hijo, respiré hondo, creyendo haberme salvado de tener que proteger exageradamente a una hija mujer.

Vivimos en una sociedad todavía machista e involuntariamente seguimos enseñando desde ese concepto.

Pero a medida que «M» fue creciendo, medité mucho sobre este tema, y sería de mala gente, inducirlo a no hacerse cargo de sus responsabilidades.

Es cierto que la peor parte, sigue recayendo sobre las espaldas de la mujer, pero también en este caso, es sólo cuestión de educación. Un hijo no se concibe por casualidad, sino con responsabilidad. Y esa responsabilidad siempre debe ser compartida.

Y sigo hablando con él. Podemos charlar sobre la homosexualidad, la planificación familiar y muchos otros temas, sin ruborizarnos.

Sería más lógico que lo hiciera con el padre. Pero él recurre a mí. Y yo me siento feliz de que así sea.

\*Nuestra familia es muy pequeña.

Yo, cuento con mis dos padres y una hermana siete años mayor, casada y con tres hijos. Dos varones y una mujer, de 20, 17 y 19 años respectivamente.

Antes del nacimiento de «M», decidieron radicarse fuera del país. De manera que podría decirse que nos une sólo una relación virtual.

Mi marido, tiene los dos padres fallecidos. La última, fue mi suegra, quien murió meses después de aquel triste episodio con los papás del colegio.

Le ha quedado un sobrino, de 15 años y una cuñada, viuda de su único hermano dos años menor que él.

Hubiera preferido regalarle a mi hijo, una familia más numerosa, donde se sumaran integrantes, en lugar de restarse. Pero no dependió de mí. Es lo que nos tocó.

Y aquí me detengo por unos minutos, pues podría obviar esta parte de la historia, ya que me resulta muy dolorosa. Pero hacerlo, sería faltar a la verdad.

Mi cuñado, falleció de un infarto, cuando tenía sólo 32 años de edad.

Los médicos, describieron lo ocurrido como *muerte súbita*, que es aquella que se produce repentinamente, sin síntomas previos de una enfermedad.

Nos tomó por sorpresa. No había ninguna explicación.

Días después, todavía impresionados por lo sucedido, encontramos una: mi suegro, también había fallecido de un infarto a los 38 años.

Traté entonces, de convencer a mi marido, para que consultara con un cardiólogo acerca de la situación que se había presentado.

Luego de varias negativas, finalmente accedió para que dejara de perseguirlo. (Según reconoció más adelante).

Después de un chequeo profundo, el médico nos dio el diagnóstico: *aterosclerosis*.

A esta afección, vulgarmente se la conoce como el taponamiento de las arterias coronarias. El tratamiento se basa en llevar una vida sana, dieta, ejercicio físico y medicación.

Para ese entonces, ya sabíamos que se trataba de una dolencia controlable de acuerdo a la voluntad de quien la padezca. Pero mi paz duró poco.

Cuando reaccioné, pensé instintivamente en «M». Él recién tenía 2 años y medio. Estábamos en presencia de una enfermedad hereditaria y me convencí de que era el momento de conseguir un buen médico para atenderlo.

Tomando las precauciones del caso, le realizaron un chequeo, luego del cual, pudimos quedarnos tranquilos. «M», estaba sano.

La recomendación era, realizar una consulta anual, para observar cualquier cambio que se produjera durante su crecimiento.

Año tras año, respondimos a esa recomendación, pero por gracia de la empresa de medicina prepaga, siempre con un nuevo cardiólogo.

Así, cada vez, repetíamos el *cuentito* de los antecedentes familiares para justificar el motivo de una nueva consulta.

Si hubiésemos pretendido ocultarle a «M» la verdad de esas visitas, no lo habríamos logrado. Para ese entonces, mi marido y yo, ya estábamos sugestionados con que terminaríamos enfermándolo nosotros, reiterando tantas veces la razón de nuestra presencia en los consultorios médicos.

Al cumplir mi hijo los 9 años, realizamos una nueva consulta. Una vez más, con un nuevo médico. Él nos advirtió que efectivamente íbamos a enfermarlo nosotros y que era conveniente dejarlo hacer una vida normal, para regresar cuando su cuerpo empiece a desarrollarse.

Tantas peripecias, resultaron *desgastantes*.

Por supuesto, que no deseaba verlo enfermo. Pero necesitaba saber. Por eso, cada año me superaba la ansiedad, hasta tener todos los estudios en mis manos.

Muchas veces, enfrenté a mi marido, pues él sostenía que por mi actitud, con cada serie de estudios, esperaba que me dijeran lo que no quería oír. Nada más lejos que eso. Pero no encuentro palabras para describir todo lo que sentí en cada examen llevado a cabo.

Seguramente, en pocos años, volveré a experimentar la misma pesadilla, aunque más serena, porque mi hijo ya tendrá edad suficiente para comprender que los controles periódicos formarán parte de su vida.

Más allá de sus antecedentes familiares, será una buena forma de cuidarse.

Y tampoco en este tema me he sentido ausente. Pues desde que recuerdo, trato de serle franca, en cuanto al cuidado de su cuerpo. Aprovechando su inclinación por los deportes, ansío que advierta la importancia de una vida sana.

Esa vida que deseo para él, también tiene que ver con una buena alimentación, mucho ejercicio físico, lejos del tabaco y por supuesto, lejos de las drogas y el alcohol.

Parece fácil decirlo, pero se que detrás de estas palabras, habrá mucho trabajo por delante. Y estoy segura de que un estilo de vida con estas características, una vez más, es cuestión de educación.

\*A diferencia de la mayoría de los papás, yo no he tenido que soportar la presión de mi hijo, respecto de darle un hermanito.

Es que «M» es como yo. No le agradan los bebés. No le gusta oír llorar. Ni sentir olor a caca, ni ver vomitar a nadie. Pero más aún, no estaría dispuesto a compartir sus pertenencias, ni su cuarto y mucho menos, el amor de sus padres con un desconocido.

Y en verdad, me sacó un peso de encima.

Al poco tiempo de su nacimiento, mi marido me planteó la posibilidad de un segundo hijo como un hecho a mediano o largo plazo.

-Uno es poco y no es bueno que «M» sea hijo único. –Murmuró entonces.

Yo había resuelto *patear* la cuestión para más adelante, porque sospechaba que sería un tema para debatir con tranquilidad.

Mientras tanto, me dedicaba a la crianza de mi chiquito adorado, tratando de imaginar cómo sería mi vida, sumándole otro crío a mi limitada paciencia.

En los primeros meses, sugerí que no sería una buena decisión, ya que el bebé era pequeño y me demandaba mucho tiempo.

Pero a medida que «M» fue creciendo, sentí cada vez más remota aquella posibilidad.

Cuando mi hijo ingresó al jardín, empecé a sentirme más aliviada y dejó de rondar por mi cabeza, la ocurrencia de ser madre nuevamente.

Entonces mi *NO* sonó algo autoritario.

Eran varias las razones por las que no quería otro hijo.

Amaba con locura a «M» y consideraba que no podría amar a nadie más. Tenía cargo de conciencia y trataba de interpretar qué podría sentir mi hijo por un ser que vendría al mundo sólo para competir con él. Y no deseaba esclavizarme más todavía.

Pero la razón más valedera para mí, era y sigue siendo, no desear tener un segundo hijo. A algunos, les sonará nuevamente autoritario este sentimiento. Pero es así.

He recibido innumerables críticas y otros tantos consejos, siempre sonriendo amablemente, pero deseando en mi interior, que me dejaran en paz.

¿Quién puede juzgarme por lo que siento? Yo no escupí un hijo. Lo parí. Y hace once años que me rompo el *traste* para darle lo mejor.

Nadie me ayudó, salvo mi marido. Es verdad, pero hasta su colaboración fue relativa, porque no ha compartido conmigo las responsabilidades de la crianza.

Cuando se produce la llegada de un hijo, el hombre sigue haciendo su vida de siempre. Estima que su hijo, ha nacido *con una esclava bajo el brazo, que está de guardia las 24 horas*, y actúa en consecuencia.

Por lo tanto, el *macho*, goza de su libertad, para continuar con sus actividades habituales sin consultar. Y es así, como mantiene su pase en el gimnasio, o conserva los asados con sus amigos, sin ningún tipo de restricciones.

Y en mi caso, no fue diferente. Pues tuve que hacer verdaderos malabarismos, adaptando mis horarios a las necesidades del bebé.

Y no estoy hablando de un café con amigas. El simple hecho de solicitar un turno médico, ya me complicaba la existencia, siendo lo más normal del mundo, interrogar a todos los conocidos de nuestra agenda, buscando un sitio dónde ubicar por un rato al chiquito.

Yo no soy de esas madres, que no soportan pasarse el día en sus casas, y salen a trabajar sin necesidad, cambiando el sueldo para dejar a sus hijos al cuidado de un tercero. “M” es mi hijo y mi responsabilidad.

¿Para qué «fabricar» un hermano? Los padres intentan criar hermanos que se adoren para que de adultos no se sientan solos. Y la vida, luego, se encarga irremediablemente de separarlos. Existen miles de hermanos que de adultos ni se hablan.

O, puedo citar dos casos puntuales: el de mi marido, quien tuvo un hermano, que hoy está muerto. O el mío, que tengo una hermana, que no se si voy a volver a ver.

Un hijo, no es un capricho, ni un juguete para regalar a otro hijo. Definitivamente, no es así. Si quisiera darle un hermano a «M», estaría pensando en él, no en la necesidad de otro hijo.

De modo, que quienes opinan que un único hijo, implica una posición egoísta, deberían repensarlo, pues más egoísta es sustituir una ausencia por una presencia no deseada.

El tema económico, no es ajeno a esta determinación. ¿Por qué tendría que sacrificar las costumbres, los deseos y el bienestar de «M», para que comience a compartir con otro? ¿Qué derecho tengo yo de hacerle una cosa así?

Y no piensen que estamos criando un hijo egocéntrico. Nada de eso. Él, no es el centro del mundo. Quizás del nuestro. Pero tiene los pies bien puestos sobre la tierra.

\*Nada le resulta indiferente a «M». Aún teniendo la suerte de vivir con su mamá y su papá bajo el mismo techo, la problemática de los padres separados, ronda frecuentemente por su cabecita.

Es que en la actualidad, las familias desmembradas, son moneda corriente. Entonces, ante cualquier discusión que lo tenga como testigo, se angustia.

He notado que en los últimos años, los matrimonios se han vuelto demasiado *volátiles*. Cualquier dificultad, acaba en un divorcio, sosteniendo como pretexto, un concepto que oí infinidad de veces y que dice que *es mejor que un niño vea a sus padres separados y no peleando de manera permanente*.

Yo no se qué será mejor, pero detrás de las separaciones, asoman actitudes por parte de los padres que, con seguridad, un niño no ha elegido.

En ese momento, comienza a notarse de qué manera los sobreprotegen para salvar su cargo de conciencia. O se borran como si nunca hubiesen tenido un hijo. O colman a las criaturas de cosas materiales, para llenar de algún modo, los espacios que han quedado vacíos.

Tratan de explicar inútilmente, que *mamita y papito* se quieren, pero no pueden vivir más juntos... ¿Dónde se quieren si el pibe ve cómo se *matan* cada vez que se cruzan?

Como siempre, el único perjudicado es el niño, aunque aproveche cada circunstancia para sacar provecho.

Y aunque algunos crean que se ha acostumbrado a la nueva vida que le tocó en desgracia, para él, siempre hubiera sido mejor, vivir en familia.

En estos casos, observo que aún disfrutando de dos padres presentes, estos chicos, tienen dos casas, o no tienen ninguna. Dividen sus pertenencias en distintos lugares y disfrutan separadamente de sus progenitores.

Pero nadie se pone a pensar jamás, en si la criatura prefiere ir a la cancha con su padre, en lugar de ir a una exposición con la madre.

Conozco algunos compañeros de fútbol de «M», que asisten a los partidos del sábado, cuando les toca estar con el

papá; pues cuando se quedan con la mamá, ella no los quiere llevar.

En otros casos, cuando duermen con la madre, asisten normalmente al colegio, pero si están con el padre, lo más probable es que lleguen tarde.

Otra cosa que veo en los papás, es cómo suelen organizar su vida igual que cuando eran solteros. Si acordaron una cita, intentan cambiar el día para recibir a sus hijos, convirtiéndolos en una *encomienda* que va y viene.

Los niños se acostumbran. Es cierto. Pero sería bueno que los adultos recapacitaran, y antes de rearmar sus propias vidas, aspiren a encaminar la de sus hijos.

Ellos, lo van a agradecer. Y «M», también. Después de todo, unos cuantos amigos suyos, padecen este mal que se convirtió en epidemia gracias a la psicología moderna.

**ESTA OBRA QUEDÓ REGISTRADA EN LA DIRECCIÓN NACIONAL  
DEL DERECHO DE AUTOR EL 16 DE NOVIEMBRE DE 2007  
BUENOS AIRES - ARGENTINA  
EXPEDIENTE N°: 618741  
FORMULARIO N°: 145024**

**Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obras  
derivadas 2.5 Argentina License.**